

Una necesidad primigenia

ROBERTO BRAVO

Tres parejas en las que los hombres se rotaban a las mujeres y eran ellas quienes hacían el sexo con ellos, iniciando siempre con un fellatio, consumían los primeros minutos de la exhibición. Después, las mujeres eran penetradas por entre las piernas y por entre los glúteos. Las luces y la cámara daban cuenta de cada una de las embestidas de aquellos faunos que mostraban sus falos portentosos y de las cavidades por donde se habrían pasado.

Siempre fue un misterio para mí qué se veía en estas películas. En uno de mis viajes al extranjero pagué mi entrada en una sala donde las proyectaban, pero al ver a quiénes serían mis compañeros de butaca regresé de prisa a mi habitación.

Mi curiosidad por conocer el cuerpo de mujeres de otras razas y de distintas estructuras corporales me ha hecho comprar películas de este tipo, donde he visto modelos de todas ellas. Cuando me pregunto qué he sacado en claro de todo esto, me respondo que asomé mis ojos a una particularidad del mundo de las necesidades primigenias, y ese vistazo me ha permitido encontrar una explicación sobre la felicidad que puede ofrecer una mujer hermosa y fría.

Era bastante atractiva; y como para entrar y salir de donde vivíamos se pasaba por un área común, la veía perfectamente desde mi ventana. Siempre la observé acompañada de un hombre, atento con ella y sus dos hijas; que tenía un auto igual al mío. Después de cinco años en que fue rutina verla con su compañero, y luego de notar la ausencia de él un tiempo considerable, le pregunté un día que nos encontramos a la entrada:

–¿Aceptarías salir conmigo para tomarnos un café?

–Sonríó y respondió que sí. Fijamos la hora, que sería al atardecer, y acudimos a nuestra primera cita en mi coche. Después de ordenar, me enteré que mi vida en la unidad de condominios era del conocimiento de los vecinos; todas las personas, sobre todo las femeninas, que me acompañaron o pasaron alguna noche en mi departamento me fueron descritas con voz clara, segura, y una mirada franca.

Aquella mujer me gustaba verdaderamente y mientras me hablaba exploré su rostro; tenía esa belleza tan apreciada en el Antiguo Testamento: ojos oscuros y una piel morena aceitunada, que se veía esplendorosa a la luz de los spots en aquel café estilo norteamericano. Me propuse dar un paso más allá del parloteo y la invité a un bar, a bailar y escuchar música; por su forma de vestir pensé que ése debía ser el destino de mi invitación: sin ser provocativa, uno podía adivinar sus formas por debajo de la ropa. Dijo que estaba bien, que sería bueno divertirse esa noche después del rompimiento con su pareja. Ese anochecer supe que el hombre que la había acompañado años anteriores se fue retirando poco a poco hasta evitarla casi por completo. Estaba perpleja, no podía explicarse por qué le estaba diciendo adiós a una mujer bella, trabajadora, que le tuvo su ropa siempre limpia, planchada y la comida lista. Yo también me mostré extrañado por ese comportamiento y le dije que en el mundo abundaban personas extravagantes como él.

Cuando estuvimos en el coche me di cuenta que no tenía ni remota idea de dónde podíamos ir y le pregunté por un lugar que le agradara.

–Sigue derecho –me señaló la avenida– vengo de vez en cuando con mis compañeros de la oficina.

Me dijo el nombre de otra cafetería-restaurant de cadena como la que acabábamos de abandonar que tenía un bar anexo con música viva.

Aunque estaba más oscuro que en la calle, el lugar me gustó porque respiré asepsia desde la entrada y las meseras y los capitanes se veían pulcros. Nos sentamos en una de las últimas mesas; desde allí se podía ver el salón y un escenario donde los instrumentos de los músicos, alumbrados por spots, eran el espectáculo. Pidió un coctel de los que piden las señoras y yo, una copa de vino.

Poco a poco fueron llegando los parroquianos y el lugar se llenó en media hora. Las parejas se instalaban en sus mesas: jefes de oficina con sus secretarias: ellos de traje y corbata, ellas vestidas para la ocasión, y bien pintadas, exagerando ambos buenos modales; parejas de mujeres, en las que una de las dos iba arreglada con vestido, maquillada y con peinado

estilizado, y la otra, de pelo corto y pantalón; los demás, y los menos, jóvenes con ropa de diario que al menor motivo reían y escandalizaban. Me sentía extraño, pero contento. A mi izquierda, un poco distante se sentó ella, relajada y con los ojos brillantes.

–Es bueno para la tristeza que te diviertas –le dije sincero, porque aún desconociendo los motivos de su separación, me dio gusto que saliera de su enojo y participara de la velada contenta.

Sonrió como respuesta y vio a quienes acababan de llegar a la mesa de junto: un hombre pasado de peso con traje oscuro, nervioso, trataba de halagar a su compañera. Después de observar cada uno de los movimientos de la pareja, hasta que llegó la mesera a pedirles la orden, me confió:

–Una vez me invitó el arquitecto de la constructora a ir a Acapulco. Pensó que iría sola y cuando pasó por mí y vio que mis dos hijas me acompañarían se sorprendió.



Alfredo Cardona Chacón

–Quería ir solamente contigo.

–Por supuesto –contestó ella– quería que fuéramos solos, pero quien quiere a la yegua tiene que arrear también con los potritos.

Mientras la mesera ponía nuestras bebidas y unos fritos en la mesa, imaginé una yegua y sus potritos al lado. Siempre me han gustado los caballos y las yeguas tienen una grupa hermosa; son animales que, a pesar de la abyección con que los someten, se ven dignos en todo momento. Después de que brindamos, suspiró y sonrió. Moviendo la cabeza, dijo:

–Me pidió que me casara con él.

–¿El arquitecto? –pregunté.

–Sí, y a pesar de que me compraba todo, le dije que no –contestó con la mirada distante recordándolo. Quizá Dios me castigó y ahora es a mí a quien dejaron.

–¿Por qué no le dijiste que sí?

–Era gordo y me daba asco cuando me acariciaba.

–No tiene que ver que sea gordo –le respondí. –Si te dio asco es porque no lo querías –agregué tratando de saber la verdad.

–No me gustaba y por eso no lo quise.

–Hiciste bien –contesté y tomé una de sus manos para consolarla, pero se quedó con ella y la tejió entre sus dedos.

En ese momento la música sonó fuerte y nos distrajo: el grupo había iniciado su participación con estruendo.

Cuando irrumpe la música, por mal que sea interpretada, hace que uno la escuche y se fije en los intérpretes. Volteamos hacia el escenario donde dos cantantes, una mujer blanca, guapa, y un joven robusto, con una barba de candado, bailaban al ritmo de sus compañeros, mostrando deseos de animar la noche a los parroquianos. Sentí que no se asumían como músicos, sino como empleados; y hacer pasar un buen rato a quienes estábamos allí era su trabajo. Esta actitud tenía su contraparte, la venganza contra los clientes, a quienes inmediatamente convirtieron en parte del espectáculo. La cantante, después de la introducción, se convirtió en animadora y preguntó, después de saludar y presentar al grupo, que quién cumplía años. Unos jóvenes gritaron al unísono y señalaron a una de sus compañeras. ¿Cómo se llama? Dijeron un nombre y

después otra joven señaló a su acompañante (de traje y corbata) que reía apenado y hacía señales con la mano de que no era cierto. La joven dio un papel a la mesera quien se lo llevó a la animadora que anunció: para Miriam y para el licenciado Estévez que cumplen años. Tocaron unas mañanitas destempladas y el happy birthday, luego nos pidió a todos que aplaudiéramos, cosa que hizo ella de mala gana, porque nos obligó a separar nuestras manos. Cuando los músicos dejaron el trabajo de hacernos felices, se pusieron a tocar un bossa nova y escuché la voz cálida y cascada de la cantante, que cuando la canción le exigía su mejor esfuerzo hacía un bibratto lamentable.

–¿Cómo te llamas? –le pregunté pues, a pesar de nuestra vecindad y de mi interés por conocerla, no sabía su nombre.

–Beatriz –respondió y señaló a los músicos– ¿Qué te parecen? ¿Verdad que tocan bien?

Ante su pregunta-respuesta contesté:

–Verdaderamente bien.

–Me gusta venir, nada más para escucharlos.

Se veía relajada, sonreía con los labios y los ojos. La poca claridad del bar permitía verla irresistiblemente atractiva.

Yo había entrado en una etapa en la que no era posible engañarse; los fracasos con mis parejas anteriores me habían aclarado que mis necesidades eran casi incompatibles con cualquier persona. Después de la fascinación sexual y el conocimiento, la unión parecía por dos motivos: mi necesidad de estar solo y mis reducidos ingresos para mantener una familia. Así que con Beatriz avizoré una relación que podía salir adelante, porque ella tenía un empleo con que mantener a su prole y además mi departamento estaba a dos escaleras del suyo; de esta manera, cada quien respetaría el espacio del otro y nos veríamos sólo cuando tuviéramos necesidad. Volví de mi abstracción cuando el cantante de la barba de candado entonaba un estribillo en forma de marcha en el que repetía “soldado del amor” de manera aguerrida con voz de tenor. Aunque cantaba moviéndose en el escenario como niño inquieto, su voz era madura y expresiva. No entendía la canción, ni quería entenderla, pero me emocionó, eso de “soldado del amor”, me hizo voltear hacia Beatriz y al fijarme en su belleza no pude resistir darle un beso. Sentí sus labios muelles, como si hubiera topa-

do con un seno; húmeda y tibia su boca me acogió, ajustándose a la mía, en un acoplamiento continuo que ninguno de los dos quiso interrumpir hasta que la canción cesó; deslicé mis labios después por sus mejillas hasta el nacimiento de su oreja a la que succioné leve. Estábamos abrazados cuando deposité mi cabeza sobre su hombro y suspiré, sacando la poca tensión que me quedaba. Me volví del abrazo y cogí fuerte su mano.

–Me besaste como si me quisieras –dijo.

Sonreí y volví la cara hacia el escenario donde el cantante agradecía los aplausos.

Ella puso su cara en mi antebrazo, viendo al joven cantante, que ahora entonaba una letra en la que pedía una cita; yo pensé que se dirigía a una muchacha, pero Beatriz me dijo que hablaba a una ciudad con nombre de mujer. El cantante me predisponía hacia Beatriz, a quien tomé por la barbilla y di otro largo beso. Pensando que podíamos continuar lo que hacíamos en mi departamento, le pedí que nos fuéramos:

–Espérate otro rato –contestó coqueta.

–Tú dices cuando nos vayamos.

Pidió a la mesera otra copa y una botana de quesos.

Al terminar su tanda, los músicos se retiraron; el grupo que siguió era malo; en un alarde de polifacéticos, tocaban de todo: cumbias, románticas, rock de los sesentas y rancheras; aquello fue un verdadero caos, donde los sonidos eran parecidos a los ritmos que se intuían. La gente se dedicó a beber; yo fui al baño dos veces; Beatriz una; y al salir de él, fue a hablar por teléfono. Vi, desde mi lugar, la discusión que sostuvo con su interlocutor; observé también su regreso dubitativo. Cuando cesó el ruido y los instrumentos quedaron iluminados por los spots, Beatriz vio su reloj e hizo expresión de qué tarde es y dijo:

–Soy como la Cenicienta y ya van a dar las doce.

Vi que la botana que pidió estaba intacta y le pregunté:

–¿Quieres llevártela?

–No me gustó –respondió–; creí que era otra cosa.

Pedí la cuenta y cuando me la dieron supe que no sólo la limpieza era muy buena: los precios eran excelentes y

cobraban cover. La botana que Beatriz únicamente probó costó 150 pesos. Pagué sin arrugar la frente para que ella no pensara de mí que soy un miserable.

–¿Te la pasaste bien? –pregunté cuando íbamos de regreso en el auto.

–Es bueno divertirse –contestó– te hace pensar en otras cosas.

Al llegar, y antes de bajar le di un beso corto y pregunté si quería subir a mi departamento. Me vio sonriendo y señaló un auto igual al mío que estaba en el hueco de su estacionamiento.

–Me están esperando, ya es tarde, respondió y se alejó por el empedrado haciendo sonar sus tacones.

En la madrugada desperté sobresaltado por un sueño: Andaba por mi habitación una serpiente peligrosa cuyo aspecto atemorizaba; la quise tomar, pero ella brincó, sin dejarse atrapar hasta que alcanzó el patio, allí se transformó en una hermosa y blanca gallina doméstica, que en momentos se hizo una mujer blanca de ojos zarcos achinados enormes, y labios carnosos. Era una mujer verdaderamente bella e irradiaba una sensualidad que me costaba resistir. Yo sabía que podía poseerla, pero también que cuando lo hiciera podría sacar sus colmillos de serpiente y envenenarme.

Acostado en mi cama pensé en el sueño y en aquello que me dijo Beatriz: “besas como si me quisieras”, y quería dilucidar qué había experimentado al besarla y tenerla en mis brazos. Quizás la necesidad de sentirse querida le hizo percibirme así, porque yo me aferré a su cuerpo como a un objeto precioso que me daba seguridad, un volver al lugar del no nacimiento o al pecho de mi madre; por eso sentí sus labios muelles como si topara con un seno. Quizá no hayan sido ninguna de esas cosas; sus labios me habían atrapado con suavidad; ella, digamos, sabía besar y a mí, quizá, me gustaban los besos no apasionados; y eso fue todo. Finalmente, y como al otro día no trabajaría, puse en la video uno de los filmes donde las parejas tienen sexo; escogí uno de latinoamericanas porque obviamente ella lo es.■